

# EL PRINCIPIO DE LA RESPONSABILIDAD



*Mi hijo Stephen tenía 7 años cuando se ofreció a encargarse del jardín.*

*—Mira, ¿ves lo verde y limpio que está el jardín del vecino? Eso es lo que queremos: verde y limpio. Ahora, vamos a ver el nuestro. Fíjate en que hay partes secas. Eso no es lo que queremos. Lo que queremos es verde y limpio.*

*Dos semanas y dos palabras: verde y limpio.*

*Era sábado. Y no hizo nada. El domingo... nada. El lunes... nada. El martes, al salir de casa hacia el trabajo me fijé en cómo estaba el jardín: amarillo y lleno de estorbos. El ardiente sol de julio empezaba a ascender.*

*Era inaceptable. Estaba tan irritado como decepcionado.*

*Estuve a punto de desdecirme y volver a recuperar la responsabilidad sobre el jardín, pero entonces pensé en cómo afectaría algo así a su capacidad interna de compromiso.*

*Así que fingí una sonrisa.*

*—Hola, hijo. ¿Cómo va el jardín?*

*—¡Muy bien! —contestó.*

*Me mordí la lengua y esperé a después de comer. Entonces, le dije:*

*—Stephen, vamos a hacer lo que acordamos. Ahora saldremos juntos al jardín, para que puedas enseñarme cómo lo estás cuidando.*

*Nos dirigimos hacia la puerta y le empezó a temblar la barbilla. Las lágrimas se le agolparon en los ojos y, para cuando llegamos al centro del jardín, ya estaba sollozando.*

*—¡Es que es muy difícil, papá!*

*«¿Qué es tan difícil? —pensé— ¡Si no ha hecho nada!» Sin embargo, sabía qué era lo que le costaba tanto: gestionarse y supervisarse a sí mismo. Así que le pregunté:*

*—¿Te puedo ayudar en algo?*

*—¿De verdad me ayudarías? —sollozó.*

*—¿Cuál era nuestro trato?*

*—Dijiste que me ayudarías si tenías tiempo.*

*—Pues tengo tiempo.*

*Salió corriendo hacia la casa y volvió con dos sacos. Me dio uno, señaló los restos de la barbacoa del sábado por la noche y me preguntó:*

*—¿Puedes recoger eso? Me da mucho asco.*

*Y así lo hice. Hice exactamente lo que me pidió.*

*Y ese fue el momento en que firmó el acuerdo de corazón. Se convirtió en su jardín, en su responsabilidad.*

*En todo el verano, solo me pidió ayuda un par o tres de veces más. Cuidó del jardín y lo mantuvo más verde y limpio de lo que jamás había estado bajo mi cuidado.<sup>7</sup>*



La responsabilidad engendra capacidad de respuesta.<sup>3</sup>



A todos nos interesan cosas ajenas a nuestra responsabilidad. Y así debe ser. Sin embargo, si queremos hacer algo al respecto, lo fundamental es magnificar nuestra responsabilidad.<sup>4</sup>



Hacer que los demás asuman sus responsabilidades no es una humillación, sino una reafirmación.<sup>7</sup>



Errar es una cosa; no admitir el error cometido es otra bien distinta. Las equivocaciones se perdonan porque suelen ser errores mentales, errores de criterio. Por el contrario, los errores del corazón, los malos propósitos, las intenciones aviesas y las justificaciones orgullosas para encubrir ese primer error no se perdonan con tanta facilidad.<sup>7</sup>



Nunca prometa nada a no ser que esté plenamente dispuesto a pagar el precio que sea necesario para cumplir lo prometido.<sup>8</sup>



Nada destruye la confianza tan rápidamente como una promesa incumplida. Por el contrario, nada construye confianza tan rápidamente como una promesa cumplida.<sup>8</sup>



Proteger al otro de las consecuencias de sus actos le enseña a ser irresponsable.<sup>4</sup>



La mayoría de las dificultades relacionales tienen su origen en expectativas contradictorias o ambiguas acerca de las funciones y los objetivos de cada uno.<sup>7</sup>



El principio de la responsabilidad es el principio de centrarse en las competencias y en las tareas que nos corresponden, sean las que sean. Debemos centrarnos en nuestras responsabilidades para magnificarlas; es decir, debemos hacer más de lo que se esperaría normalmente, conseguir mucho más de lo que se ha conseguido antes. Por ejemplo, en tanto que maridos, nos centraremos en la responsabilidad de ser un ejemplo de nobleza para nuestros hijos y un compañero amable y comprensivo para nuestras esposas.<sup>4</sup>



Si deseamos mejorar cualquier situación, antes debemos mejorar nosotros. Para cambiar a su esposa, antes debe cambiar usted. Para cambiar la actitud de su marido, antes debe cambiar la suya. Para ganar más libertad, debe demostrar más responsabilidad y ejercer más autodisciplina.<sup>4</sup>



Si queremos unos hijos obedientes, debemos mostrarnos, en tanto que padres, más obedientes ante determinadas leyes y principios.<sup>4</sup>



Para reconstruir una relación rota, debemos empezar por examinar nuestros corazones y descubrir nuestra responsabilidad y nuestros errores. Mantenernos al margen y señalar las carencias del otro es muy fácil. Solo sirve para alimentar nuestro orgullo y justificarnos.<sup>4</sup>



No somos lo que sentimos. No somos nuestro estado de ánimo. Ni siquiera somos lo que pensamos...



Ser conscientes de nosotros mismos nos permite tomar distancia y examinar incluso el modo en que nos «vemos».<sup>7</sup>



Sin implicación, no hay compromiso. Apúntelo, márkelo con un asterisco, trace un círculo alrededor y subráyelo. Sin implicación, no hay compromiso.<sup>7</sup>



